

UNGIADOS Y ENVIADOS

Florentino Alonso Alonso - (Diario de León, 4-VI-2022)

Siguiendo el relato de los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia celebró la venida del Espíritu Santo sobre María y los Apóstoles a los cincuenta días después de la mañana de la resurrección del Señor. Las lecturas bíblicas de este día de *Pentecostés* nos ayudan a descubrir la centralidad del Espíritu Santo en la vida del cristiano. La primitiva comunidad apostólica recibe el don del Espíritu, que es don del Resucitado (Jn 20,19-23), e inicia su andadura sostenida por ese mismo Espíritu, cuya permanencia está asegurada hasta el fin de los tiempos. El Espíritu es derramado sobre los discípulos y les capacita para asumir y realizar con eficacia la misión que les encomendó Jesús. Produce en ellos una transformación interior que les habilita para proclamar abiertamente y sin miedo el Evangelio de Cristo. Inspirados por el Espíritu, comienzan a pregonar las maravillas de Dios de forma comprensible para los que les escuchan con un corazón receptivo (Hch 2,1-11). No sólo los apóstoles, sino todos los cristianos hemos recibido el don del Espíritu. No tengamos miedo. No nos resignemos a que nuestra fe sea relegada al ámbito de lo estrictamente privado. El Señor reaviva en nuestros corazones el fuego de su amor y realiza *aquellas mismas maravillas que obró en los comienzos de la predicación evangélica. Aquel mismo Espíritu que, desde el comienzo, fue el alma de la Iglesia naciente* ha sido derramado sobre cada uno de nosotros, especialmente por medio de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, que nos configuran más plenamente con Cristo, nos fortalecen para vivir con mayor intensidad nuestra pertenencia a Jesucristo y a su Iglesia, y nos impulsan a ser testigos eficaces del Evangelio en medio del mundo (1Cor 12,3b-7.12-13). Igual que en Pentecostés, sin aquél ruido y manifestaciones externas, sigue derramando sobre nosotros sus siete dones (cf. Is 11,1-2) y nos hace sentir la riqueza de sus frutos. El Espíritu Santo, Espíritu de amor, de verdad, de paz y de unidad, no cesa de enriquecer a la Iglesia y al mundo mediante dones y carismas nuevos, puestos al servicio del bien común.